

las vías al *schnizel*, manjar curioso sin duda, de que Monselet se muestra un tanto preocupado.

Pero ¡qué decepción! El *schnizel*, á pesar de los vestidos de oro y de la música, no es otra cosa que ternera con guisantes.

Y ahora al *grill-rooms* inglés, reluciente de acero y de cobre, purpurado de carnes rojas; al restaurant ruso, donde consultada rápidamente la lista, pedimos *jankuskas* y *stchi* al escondite.

Mas ¡ay! las *jankuskas* son simples rebanadas de pan en que se aplastan y extienden, á guisa de manteca, huevos de esturión ó llámese cabial y queso de Griers; y en cuanto al *stchi*, se compone de una repugnante mezcla de manteca fresca, col y cebada fermentada.

Después vienen las copas y ahogamos este asqueroso festín en ondas de *kirsch* de la Corona, de kúmel de Riga, de licor moscovita del Czar, sin echar en olvido el anisete cristalino de Astrakán.

— ¿Se ha acabado?

— Todavía no, contesta Monselet. Seguidme; os preparo una grata sorpresa.

— Vaya por la sorpresa, toda vez que ha de ser grata.

Por último, Monselet nos detiene ante tres ó cuatro cabañas cubiertas de paja, que dejan ver la vaina de la espiga, las cuales chozas están precedidas de horribles estatuas de palo bárbaramente esculpidas y teñidas de rojo sangriento. ¡Extraños dioses lares!

— Entrad, señores; estamos entre los cánacos.

— ¡Antropófagos!

— Y pretendo que, después de tantos manjares inhumanos, nos regalemos aquí con la más succulenta olla.

— ¡Horror! ¿Era esta tu grata sorpresa?

Pero mientras Monselet se sonríe maliciosamente, un guarda nos tranquiliza diciéndonos que los cánacos, gente de gusto y accesible al progreso, han renunciado á la antropofagia y que al más apetitoso de los enemigos cogidos en la guerra prefieren desde ahora el buey, que gracias á la antigua experiencia de un pueblo en que la idea de la comida era una con la del valor y la gloria, lo guisan ahora de la manera más sabrosa.

En efecto, una olla tamaña que hervía sobre tres guijarros, despedía un delicioso olor.

— Probad este guiso.

Y lo probamos.

Y encima un buen trago de vino, que no era tampoco malo.

Y trincamos con los cánacos, que con gran sorpresa nuestra, dejando el vaso sobre una mesa, exclaman con verdadero entusiasmo:

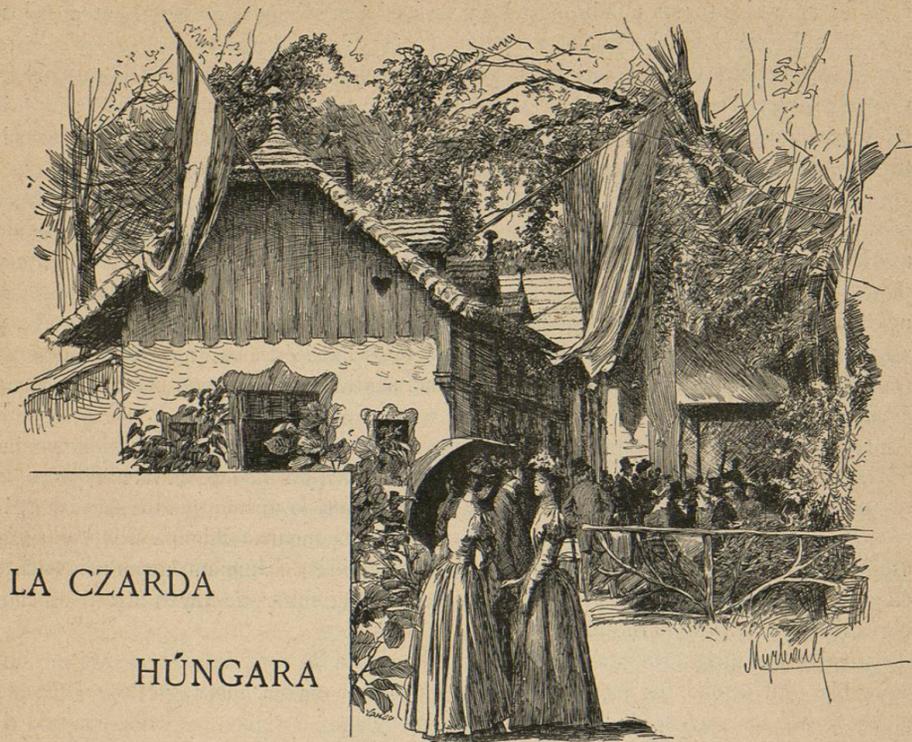
— ¡Viva el vino de Francia!

Las ruidosas exclamaciones de los cánacos me despertaron.

Ni Tournier ni Sahib ni el maestro Monselet estaban ya allí.

Monselet iría sin duda á reunirse con Horacio á los campos floridos de asfodelo; y de todas estas alucinaciones pintoresco-gastronómicas no me queda, á la hora de comer, ya próxima, más que cierta ansiedad, así como apetito, en el hueco del estómago, excitado por sueño tan tentador, que me impele irresistiblemente al más inmediato restaurant á pedir siquiera un par de huevos estrellados.

P. ARENE.



LA CZARDA

HÚNGARA

Todo París conoce hace años esta marcha de Racoczi, que traduce en música todos los golpes y hurras de una carga, y aun después del colosal crecimiento de la orquesta de Berlioz, todo París no se cansa nunca de ese ritmo agitador á que los cenceños clarinetes y los arpegios metálicos de la pequeña orquesta tsigana dan perpetuamente una virginitad salvaje. Ninguna música rusa ha venido á ahuyentar de la imaginación de París esos acordes que llevan el ánimo, la centésima como la primera vez, á ideas de batallas, á la ilusión de una nueva invasión de Atila. Ni los graves acentos de los coros rusos profundos y religiosos como un órgano humano, ni las penetrantes melopeas populares de los barqueros del Volga ó de los segadores de las llanuras del Sur pueden hacer olvidar ese gran sacudimiento de la marcha húngara ni las prolongadas frases apasionadas de los czardas. Por eso, desde 1867, época de su mayor apogeo, no hay entre nosotros Exposición sin tsiganos y se *ensalvaja* uno con gusto á cien pasos de la hipertrofia de civilización que estalla en el Campo de Marte.

En la cabaña sencilla y desnuda, cubierta de paja, que trae á orillas del Sena algo del paisaje y del aire de las riberas del Danubio, se recuerda esa llanura en que ruedan el Save y el Tisza, esa *puszta* ondulante de espigas ó de gramíneas floridas, sin otro horizonte que las garruchas de los pozos, á cuyo pie detiene el pastor, vestido de pieles, la interminable marcha de su rebaño, como en tiempo de los patriarcas.

Aquella tierra parece dormir bajo el sol que madura sus trigos, sus maíces y sus copiosos racimos, y fué surcada por los más fogosos jinetes, que quedaron acampados en aquel suelo, vanguardia asiática en el corazón de Europa. Primos de los turcos y gue-

rreando contra los turcos, aun bronceados y de facciones salientes como sus antepasados, los godos, los vándalos, los hunos, los gépidos y los ugros, con cuyo parentesco se honran, disertos como romanos, latinistas consumados, idealistas tardíos, católicos fervientes, caballerescos como los cruzados, soñando en nuevas cruzadas, y sobre esto, diplomáticos por naturaleza, tales son los húngaros, misteriosa fusión de razas asiáticas y de cultura cristiana y latina, hechos á todos los contrastes y ricos de caracteres.

El secreto del encanto de la música húngara está desde luego en reflejar todos estos contrastes, desde el furor guerrero hasta la languidez apasionada, con una intensidad de acento, una independencia y libertad de forma, que se alía por manera sorprendente y paradójica al sentimiento soberano del ritmo. ¡Ah! tentados estamos á ensalzar á eminente altura esa música de naturaleza que sale del genio anónimo más exuberante, y acaso el más antiguo que exista. Pero ya oímos á los musicógrafos «que saben» demostrar una vez más que la música tsigana no tiene sentido común y que sus armonías no están escritas.

Pero, señor, ¿adónde iríamos si fuera menester que la música tuviera sentido común? Y luego, y esto es lo que me consuela, los acústicos dicen justamente de la escala en que se han levantado cien obras maestras, poco más ó menos, lo mismo que los músicos teóricos dicen de los aires y armonías de la musa popular húngara ó tsigana. Parece que la escala de los Haydn, de los Mozart, de los Beethoven, de los Schumann no es físicamente exacta. No impide esto que sobre esta escala falsa — sí, falsa — se hayan levantado cien obras maestras que no perecerán.

¿Creéis, por otra parte, que no haya para el encanto de esta música razones profundas y bien independientes del capricho de la moda? Sin querer hacer estética, paréceme que se puede sostener desde luego que la música húngara ó tsigana responde con una riqueza singular á la primera condición de toda música: la variedad, la diversidad de sonidos y de timbres que producen en el oído el efecto de un juego de colores agradables á la vista. La pequeña orquesta húngara ofrece en su sencillez elementos de sonoridades ricas y coloridas á pedir de boca. Entre nueve ó diez músicos, número ordinario de la banda, hay un contrabajo y un violoncelo cuyos graves y *pizzicati* sobresalen con vigor y ahogan ampliamente, ya los acordes fundamentales y los acompañamientos, ya el dibujo principal de la melodía en que los demás instrumentos vienen á bordar. Dos ó tres clarinetes de timbre claro se reparten con los violines las partes de canto y los floreos, y lo que los contrabajos y violoncelos dan en vigor, dulcifican ellos el sabor un tanto agrio de su agreste sonido. Luego bordando y rebordando el conjunto, un instrumento maravilloso, único, el címbalo cuyo inventor, ignorado sin duda, ha resuelto el problema en que se estrellaron todos los inventores de instrumentos de cuerdas metálicas, sin exceptuar el arpa, que tiene sin embargo tres octavas lo menos de cuerdas menos estridentes. Todos los instrumentos picados fatigan por la sequedad y monotonía del sonido, y la imposibilidad casi completa de hacer vibrar en él notas tenues. El címbalo, bajo los dedos, ó más bien, bajo los martillos de un verdadero artista, da los sonidos más suaves, tenues y gratos, como los más ásperos y duros.

Extendidas sobre una caja sonora las cuerdas de metal, tienen ya un timbre atenuado por la resonancia de la madera; y un ejecutante hábil, y los hay habilísimos, sofoca las resonancias demasiado fuertes ó inútiles posando ligeramente los dedos en las cuerdas que acaba de herir. Recientemente se ha perfeccionado el instrumento adaptándole un pedal atenuador.

Pero el genio del inventor del címbalo, ó de quien lo perfeccionara, se revela en la idea de atacar la nota con varillas de flexible acero, terminadas en martillos de fieltro ó en bolitas de saúco. El sonido adquiere así, según conviene, una dulzura ó un vigor que el tacto más diestro no podría darle directamente. El rebote de estas ligeras bolas da á voluntad toda la intensidad ó toda la degradación de los matices. Si se detiene uno en la cuerda, vuelve á vibrar insensiblemente, aun antes que el sonido inicial se haya debilitado, y se tiene la ilusión de las notas tenues que faltan tan cruelmente en los demás instrumentos que se tocan con los dedos ó con una punta de metal. He aquí las razones materiales y mecánicas de una seducción, que los unos declaran inexplicable y los otros encuentran más fácil negar.

Imaginad semejante instrumento en manos de un artista que tiene en la cabeza un tesoro de adornos aprendidos, y más aún, la facultad de improvisar otros nuevos. Podréis entonces concebir una idea aproximada de los deliciosos acompañamientos, de los sonoros arabescos, de las filigranas entrelazadas, de los rumores perlados que acaban de dar al tema una gracia incomparable. El oído percibe la analogía de los arabescos de color que hacen el encanto de los palacios de Granada y de Córdoba.

En música, el género arabesco ó entrelazado tiene un interés más vivo aun independientemente de su valor sentimental. Y es que el adorno se desenvuelve sucesivamente, y el movimiento vertiginoso añade un goce más agudo al que da el capricho de contorno. Imaginaos el desarrollo continuo, el cruzamiento infinito de tres líneas: púrpura, azul celeste y oro sobre un fondo negro: haced que se muevan estas tres líneas y estos tres colores en combinaciones sin fin al compás de un movimiento ora lento, ora rápido, ya rimado con una misma y poderosa cadencia, ya precipitado ó tardo, al arbitrio del artista, y tendréis la imagen de esa música húngara ó tsigana, que no puede compararse con ninguna otra, porque su índole propia, sus fines y sus medios son en efecto únicos y no exigen nada á la ciencia ni á la estética literaria.

T. LINDENLAUB.

